

José Hernández

Martín Fierro (4. Seguiré esta relación...)

Poema original:

IV

Seguiré esta relación
aunque pa chorizo es largo:
el que pueda hágase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento,
porque andaba disparando;
nosotros, de cuando en cuando,
solíamos ladrar de pobres:
nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror;
le juro que era un dolor
ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
ni cosa que se parezca;
mis trapos sólo pa yesca
me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jue quedando poco a poco;
ya nos tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
era cuanto me quedaba;
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto;
yaguané que allí ganaba
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
se me jue de entre las manos;
no soy lerdo... pero, hermano,
vino el comendante un día
diciendo que lo quería
"pa enseñarle a comer grano".

Afigúresé cualquiera
la suerte de este su amigo,
a pie y mostrando el umbligo,
estropiao, pobre y desnudo.
Ni por castigo se pudo
hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses,
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente
siguieron del mismo modo:
adrede parece todo
para aburrir a la gente.

No teníamos más permiso,
ni otro alivio la gauchada,
que salir de madrugada,
cuando no había indio ninguno,
campo ajuera, a hacer boliadas,
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
con los fletes aplastaos,
pero a veces medio aviaos
con plumas y algunos cueros
que áhi no más con el pulpero
los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe
que con un boliche estaba;
yerba y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz,

y hasta le hacía ver la luz
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba:
a veces creiba que estaba
allí la proveduría.

¡Ah pulpero habilidoso!
Nada le solía faltar
¡Aijuna! y para tragar
tenía un buche de ñandú.
La gente le dio en llamar
"el boliche de virtud".

Aunque es justo que quien vende
algún poquitito muerda,
tiraba tanto la cuerda
que con sus cuatro limetas
él cargaba las carretas
de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
con más cuentas que un rosario,
cuando se anunció un salario
que iban a dar, o un socorro,
pero sabe Dios qué zorro
se lo comió al comisario.

Pues nunca lo vi llegar
y, al cabo de muchos días,
en la misma pulpería
dieron una buena cuenta,
que la gente muy contenta
de tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas
que las tenían empeñadas,
por sus deudas atrasadas
dieron otros el dinero;
al fin de fiesta el pulpero
se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón

dando tiempo a que pagaran,
y poniendo güena cara
estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
para recibir mi boyo.

Pero áhi me pude quedar
pegao pa siempre al horcón;
ya era casi la oración
y ninguno me llamaba;
la cosa se me ñublaba
y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
vi al mayor, y lo fí a hablar.
Yo me le empecé a atracar
y, como con poca gana,
le dije: "Tal vez mañana
acabarán de pagar."

"-Qué mañana ni otro día",
al punto me contestó,
"la paga ya se acabó,
siempre has de ser animal."
Me rái y le dije: "Yo...
no he recibido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y áhi no más volvió a decir
comiéndome con la vista:
"-¿Y qué querés recibir
si no has dentrao en la lista?"

"-Este sí que es amolar",
dije yo pa mis adentros,
"van dos años que me encuentro
y hasta áura he visto ni un grullo;
dentro en todos los barullos
pero en las listas no dentro".

Vide el plaito mal parao
y no quise aguardar más...
Es güeno vivir en paz
con quien nos ha de mandar,
y reculando pa trás

me le empecé a retirar.

Supo todo el comendante
y me llamó al otro día,
diciéndome que quería
aviriguar bien las cosas
que no era el tiempo de Rosas,
que áura a naidés se debía.

Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación:
si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro
Y si había venido en potro,
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel:
conocí que era pastel
pa engordar con mi guayaca;
mas si voy al coronel
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah hijos de una!... ¡La codicia
ojalá les ruempa el saco!
Ni un pedazo de tabaco
le dan al pobre soldao,
y lo tienen, de delgao,
más ligero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
charabón en el desierto;
más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido
y me les hacía el dormido
aunque soy medio dispierto.